

2. COMUNICACIONES

FUNCIÓN DE LA ESCRITURA EN LA REVELACION DIVINA

GONZALO ARANDA

En ámbito cristiano el concepto de Revelación va unido inseparablemente al de Sagrada Escritura, tanto por el hecho de que la Biblia da cuenta de la revelación positiva de Dios desplegada en lo categorial de la historia, como porque la Iglesia cree que, a través del texto de la Biblia, Dios habla, se revela al hombre. La Iglesia entiende que la Sagrada Escritura no sólo contiene de forma escrita la palabra que algunos hombres del pasado pronunciaron de parte de Dios, sino que proclama que el texto bíblico, y todo ese texto, es Palabra de Dios, *locutio Dei*¹. Esta fe viene fundamentada, como es bien sabido, con la afirmación solemne de que los libros de la Escritura son tenidos en la Iglesia como sagrados y canónicos *propterea quod Spiritu Sancto inspirante conscripti, Deum habent auctorem atque ut tales ipsi Ecclesiae traditi sunt*². Es decir, se remite a la «autoría» divina de los libros como causa última de su carácter propio de mediadores inmediatos de revelación de Dios. La reflexión teológica, por su parte, se ha esforzado en precisar el significado de la afirmación «Dios autor de la Escritura», así como la acción de Dios sobre el autor escritor, y el carisma propio de los hagiógrafos en el contexto de los diversos carismas que aparecen en la Biblia relacionados con la revelación de Dios a su pueblo.

1. «Sacra Scriptura est locutio Dei quatenus divino afflante Spiritu scripto consignatus» (*Dei Verbum* 10); «Oeconomia autem salutis (...) ut verum Dei verbum in libris Veteris Testamenti exstat (...)» (*Ibidem* 14); «Quarum rerum scripta Novi Testamenti exstant testimonium perenne atque divinum» (*Ibidem* 17); Cfr. también *Ibidem* n. 25.

2. Son, como es sabido, las palabras de la definición dogmática del Vaticano I (Const. *Dei Filius* cap. 2) recogidas a su vez en *Dei Verbum* 11.

La Const. *Dei Verbum* se hizo eco de los mejores resultados de la investigación teológica, al situar la enseñanza sobre la inspiración tras el capítulo dedicado a la «transmisión de la revelación divina», y calificar a los hagiógrafos como *veri auctores*, dando al mismo tiempo pistas para seguir reflexionando sobre la acción de Dios en el hagiógrafo al componer éste el libro³. La atención del n. 11 de la *Dei Verbum* sigue recayendo pues, fundamentalmente, en los conceptos de «autor» e «inspiración», para explicar el carácter de *sacris et canonicis* con que la Iglesia recibe esos libros. Sin embargo, la causa última de dicha recepción en la Iglesia, señala asimismo la *Dei Verbum*, es la fe apostólica (*ex apostolica fide*). La importancia de esta expresión es evidente: está señalando cuál es, en último término, el criterio de inspiración y canonicidad, es decir, el por qué la Iglesia lee esos libros como *locutio Dei*. En efecto, el texto mismo de la constitución conciliar incluye la referencia a cuatro pasajes del Nuevo Testamento para confirmar que los libros de la Escritura han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo⁴; y los estudios recientes ponen de relieve que «fue obra del cristianismo primitivo la atribución de la condición de Palabra de Dios a toda la Escritura»⁵. Por otra parte, la misma constitución *Dei Verbum* en el n. 13 orienta a comprender el fenómeno de la Escritura como Palabra de Dios a la luz y en el conjunto de la Encarnación del Verbo⁶.

Es en ese contexto donde adquiere su auténtico significado la fe de la Iglesia, que recibe la Biblia como Palabra de Dios, de forma muy distinta a la recepción de libros como sagrados en otras religio-

3. Cfr. *Dei Verbum* 11. Aunque no se menciona expresamente la causalidad instrumental, ésta sigue estando subyacente como una explicación adecuada (se remite en nota al pasaje de la *Divino afflante Spiritu* en que se alaba dicha explicación), si bien el Concilio orienta a una comprensión más bíblica y más amplia ilustrando las expresiones *Ipsa in illis et per illos agente* con unas citas bíblicas insertadas en la nota 3.

4. Tres son citados clásicamente a este respecto en todos los manuales (2 Tim 3, 16; 2 Petr 1, 19-21; 3, 15-16), el otro es Jn 20, 31 en el que el evangelista muestra la finalidad que se propone al escribir. A la expresión *Deum habent auctorem*, sin embargo, no se asocia ningún pasaje de la Biblia, pues, como es sabido, tal formulación procede de la tradición eclesial.

5. Antonio M. ARTOLA - José Manuel SANCHEZ CARO, *Introducción al estudio de la Biblia* 2. *Biblia y Palabra de Dios*, Estella 1990, p. 42.

6. «*Dei enim verba, humanis linguis expressa, humano sermone assimilia facta sunt, sicut olim Aeterni Patris Verbum, humanae infirmitatis assumpta caro, hominibus simile factum est*».

nes, e incluso en el judaísmo. Respecto a este último, sin embargo, hay que tener en cuenta que ofrece ya a la Iglesia cristiana una preparación —a modo de prefiguración y anticipación, como toda la economía del A. T. respecto al Nuevo— para la comprensión de la Escritura como mediación directa de la revelación de Dios. De ahí que se descubra ya en la tradición contenida en el A. T. una determinada función de algunos textos escritos al servicio de la revelación de Dios; pero es únicamente a partir de la fe apostólica, es decir desde el N. T., desde donde aparece el verdadero carácter de la Biblia como Palabra de Dios. No sería por tanto del todo exacto decir que la Iglesia recibió del judaísmo el concepto de inspiración bíblica, ni, en consecuencia, el canon como tal del Antiguo Testamento; si bien es cierto que Israel fue el camino para que se diera la Escritura. En esta comunicación intentaremos mostrar a grandes rasgos la función que el texto escrito tiene en el Antiguo Testamento y cómo se llega desde ahí a las afirmaciones del N. T. respecto a la Escritura. Afirmaciones en las que se refleja la *apóstolica fides*, sobre la que la Iglesia fundamenta su recepción de la Biblia como Palabra de Dios.

1. *Palabras de Dios puestas por escrito*

En la tradición de Israel, tal como se refleja en el A. T., adquirieron especial valor aquellos textos en los que quedaban fijadas por escrito las palabras que Dios pronunció a través de Moisés y los profetas. En cuanto escritas, tales palabras constituían un testimonio duradero, inalterable y dotado de una eficacia que sobrepasaba el momento de la locución. Es lo que sucede con toda palabra escrita; pero puesto que la contenida en esos textos procede de Dios, su eficacia en el futuro es similar a la que tiene en el momento de ser pronunciada. Dos son los ámbitos en los que esa palabra escrita adquirió el grado de eficacia propio de una locución divina, superior e inalcanzable por ninguna palabra humana: la ley y la profecía ocasionalmente puesta por escrito.

a) En cuanto a la ley, hay que señalar en primer lugar la tendencia a la fijación por escrito que se da respecto a las disposiciones legales, de modo que permanezcan inalterables, mantengan constantemente su objetividad, y puedan hacerse eficaces más allá de las circunstancias concretas en que se redactan. Tales textos prolongan la

palabra y la autoridad del legislador y reflejan la aceptación por parte de los legislados. En este ámbito es donde encontramos en primer lugar la conciencia de Israel de poseer una palabra escrita por la que es juzgado el pueblo, o el individuo, según una voluntad superior, la voluntad de su Dios. El valor de esa palabra es tal que, en su núcleo esencial, se considera escrita por el mismo dedo de Dios⁷. Evidentemente se trata de una forma metafórica de hablar para expresar que la ley escrita de Israel tiene un origen divino porque Dios mismo la había revelado a Moisés⁸.

Todo el conjunto de legislación recogido en el Pentateuco adquiere ese mismo valor, y, por extensión, no sólo los bloques legislativos, sino el encuadre histórico narrativo en que quedan integrados; los libros enteros del Pentateuco llegan a ser considerados como «la Ley de Moisés»⁹. La atribuida autoría mosaica garantiza su autoridad. La eficacia divina y permanente de esa ley escrita se despliega en el destino del pueblo, bendecido o castigado según la cumpla o no: tal es la perspectiva del deuteronomista y del sacerdotal. El valor y significado de esos textos se esclarecen en el ámbito de la Alianza, como estipulaciones impuestas por Dios y aceptadas por el pueblo, que, en cuanto puestas por escrito, son testimonio perenne del pacto entre Dios y el pueblo¹⁰.

De lo expuesto se deduce que, en efecto, en la tradición de Israel, unos textos escritos —los códigos legales— fueron tenidos como palabra autoritativa y eficaz procedente de Dios, y testimonio perenne de su voluntad. La atribución a Dios de un libro escrito, Dios como autor, no aparece en esa consideración. Pero sí vemos en cambio atribuida a Dios de forma inmediata, en lenguaje metafórico, la consignación por escrito de las palabras de las antiguas tablas; y, de forma me-

7. Cfr. Ex 24, 12; 31, 18; 32, 15-16; 34, 1; Dt 4, 13; 10, 1-5.

8. Cfr. Ex 24, 4; 34, 27-28; Dt 31, 9. 34; 28, 58, donde se dice que Moisés fue quien la puso por escrito, o Dt 27, 2-3. 8 donde Moisés manda ponerla por escrito. En Dt llega a distinguir lo escrito por Dios mismo, los diez mandamientos; y lo escrito por Moisés, otras partes de la ley. Esta diferenciación no aparece con la misma claridad en Ex que refleja quizá tradiciones más antiguas sobre la ley.

9. Es bien conocido el progreso experimentado por esta legislación, que recoge materiales formados en épocas diversas Cfr. 2 Re 22, 3-10; Neh 8, 1-18.

10. De ahí la conservación de la Ley, sin duda de algunos códigos, en el arca de la alianza, Cfr. Ex 25, 6; Dt. 10, 5.

diata a través de Moisés, el origen divino del conjunto de la Ley. El carácter trascendente de esa palabra escrita se inserta en la realidad de la Alianza de Dios con su pueblo.

b) En cuanto a la profecía puesta ocasionalmente por escrito por el mismo profeta, puede decirse que tiene una función similar a la del oráculo pronunciado por el profeta tras recibir éste, de formas muy variadas y siempre misteriosas, la revelación de Dios¹¹. Sin embargo, al ser puesto por escrito, el oráculo adquiere una dimensión peculiar. En efecto, de esa forma la palabra del profeta se convierte en algo permanente, que podrá ser testimonio de la veracidad de Dios que cumple lo anunciado por el profeta, y servir de orientación en circunstancias similares. Tal es el significado de los casos en que Dios manda poner por escrito un oráculo¹². La palabra escrita por el profeta, o por su secretario en el caso de Baruc, conserva la misma fuerza que el oráculo pronunciado en su momento; si bien con la peculiaridad de mantenerse fija e inalterable, permanentemente actual. Pero, con todo, no deja de tratarse de un escrito estrictamente humano, igual a los demás, excepto en su contenido que recoge la revelación de Dios al profeta. Ciertamente que en el caso de los profetas, con frecuencia se alude al mandato de Dios de poner por escrito el oráculo; pero nada nos orienta a considerar al escrito en sí mismo mediador inmediato de revelación de Dios. El mediador es el profeta que habla o escribe¹³.

Sin embargo, la convicción de que la palabra escrita del profeta tiene eficacia de Palabra de Dios es tan fuerte, que, utilizando un lenguaje simbólico, y a modo de metáfora, se llega a presentar a Dios comunicando su revelación mediante un rollo escrito que el profeta debe comer para profetizar a continuación¹⁴. La función del texto escrito, en este caso, es similar a la de las tablas escritas que Dios da a Moisés: sirve para expresar de modo metafórico que Dios es, en último término, el que da la ley (que se conserva por escrito), y el que hace hablar al profeta (cuyos oráculos también se conservan escritos).

11. Cfr. sobre este tema la comunicación del Prof. Santiago Ausín en este mismo Simposio.

12. Cfr. Is 8, 16; 30, 8; Jer 30, 2; 36; 51, 59-64; Hab 2, 2.

13. Evidentemente hay una serie de rasgos en ésta mediación de los profetas escritores que preparan la consideración de conjunto de los escritos atribuidos a ellos como palabra de Dios; pero esta consideración no se desprende los libros proféticos que presentan como palabra procedente de Dios únicamente los oráculos.

14. Cfr. Ez 2-3.

Todo esto refleja la conciencia existente en la tradición de Israel de que un texto escrito puede ser mediación directa en la comunicación de la voluntad de Dios al hombre: bien al pueblo entero dándole una ley escrita en tablas de piedra, bien al profeta haciéndole comer un rollo también escrito. Israel por tanto escucha a su Dios en esos textos escritos; pero no se llega, con todo, a la convicción de que unos libros como tales sean Palabra de Dios, sino únicamente algunos contenidos que han sido recogidos en esos libros: las leyes y las profecías. La función del texto escrito consiste, en ambos casos, en mantener tales palabras con esa fijeza propia de la escritura, de modo que sirvan como testimonio de la veracidad de Dios —ya que, en efecto, se cumplen—, sean norma permanente para el pueblo —en el caso de la ley—, e iluminen el conocimiento de la voluntad de Dios en situaciones similares —en el caso de la profecía—.

c) Tras la vuelta del destierro y gracias a la labor de los escribas —que, según el Cronista y la tradición rabínica, son los continuadores de la tarea de los profetas¹⁵— se forman los grandes bloques de escritos que en el prólogo del libro del Eclesiástico se denominan ya «la ley, los profetas y los otros libros». Tales escritos se consideran «sagrados»¹⁶, sin duda porque contenían la Ley, los oráculos de los profetas, o las palabras de sabiduría de hombres inspirados como David o Salomón. Tienen además un carácter normativo y autoritativo, de forma que la vida religiosa de Israel se centra en la actualización y vivencia de la tales textos. Sin embargo, en la tradición reflejada en el A. T. no se encuentra la creencia de que los libros en su conjunto tengan el carácter de inspirados, o sean mediación directa de la revelación de Dios: únicamente la ley y los oráculos de los profetas¹⁷.

Al desaparecer la institución profética¹⁸, los libros que contienen la ley o los antiguos oráculos adquieren especial relieve, ya que la voluntad de Dios podrá ser conocida buscando en ellos, indagando su sentido¹⁹. Para la corriente farisea, heredera de la tradición de los es-

15. Ellos son en esta situación los «carismáticos» de la palabra o de la escritura. Cfr. M. McNAMARA, *Palestinian Judaism and the New Testament*, Dublin 1983, pp. 51-52.

16. Cfr. 2 Mac 8, 23.

17. Cfr. Zac 7, 12.

18. Cfr. Zac 13, 3ss.

19. En 1 Mac 3, 48 se cuenta que antes de la batalla «desenrollaron el libro de la Ley para buscar en él lo que los gentiles consultan a las imágenes de sus ídolos».

cribas, todo había sido revelado por Dios a Moisés y transmitido en la Ley escrita y en la tradición oral que llega hasta los grandes maestros²⁰. La Ley escrita en los libros será el lugar de referencia en el que se apoye toda la conducta a seguir.

Para la corriente apocalíptica, en cambio, la revelación no se había dado del todo por ese camino —el de los libros reconocidos—, sino que existían nuevas revelaciones —contenidas en otras siete tablas escondidas en el cielo²¹— que aparecían ahora por vez primera mediante escritos hasta entonces desconocidos que contenían los secretos divinos revelados mediante sueños, viajes o visiones, a famosos personajes del pasado. Estas nuevas revelaciones, sin embargo, podían mostrar su autenticidad mediante el cotejo de su sintonía con el contenido de los libros de la Ley o de los profetas ya existentes²². Daniel, por ejemplo, presenta la revelación que Dios le hace combinando su indagación de las palabras del profeta Jeremías y la visión que él mismo tiene: ambas le son explicadas simultáneamente por el ángel Gabriel²³. En ámbito apocalíptico el texto escrito tiene un doble papel: por una parte contiene la revelación que Dios hizo a Moisés y a los profetas (lo que denominamos A. T.), y, por otra, es vehículo de nuevas revelaciones hechas en su tiempo a Adán, Henoc, los patriarcas, Moisés, Esdras, etc., y comunicadas ahora mediante nuevos libros. La referencia pseudonímica a tales personajes del pasado daba a esos libros la garantía de contener la revelación hecha por Dios mientras existía el espíritu de profecía, revelación que no se encontraba en La Ley y los Profetas. Esos nuevos libros se consideran, al mismo nivel que los del A. T., el lugar donde se contienen las revelaciones de Dios; si bien con la peculiaridad de que tales revelaciones se dan por vez primera no en forma oral, sino escrita por el autor (real o pseudonímico) del libro en cuestión. No se consideran por tanto libros inspirados en todo su conjunto, ni menos que tengan a Dios como «autor»; sí, en cambio, se acentúa en ellos que Dios comunica sus designios a través de esos textos escritos.

20. «Nada ha quedado en el cielo» se lee en Mekiltá a Ex 19, 2 y 20, 2.

21. Cfr. sobre el tema A. DIEZ MACHO, *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Madrid 1984, p. 89.

22. Cfr. C. ROWLAND, *Apocalyptic literature* en D. A. CARSON and H. G. M. WILLIAMSON, *It is Written: Scripture Citing Scripture. Essays in Honour of Barnabas Lindars*, SFF, Cambridge 1988, 170-189.

23. Cfr. Dan 9.

Como nuevas revelaciones dadas directamente por escrito se presentan también otros textos: los *pesharim* descubiertos en Qumram. En ellos se refleja que la interpretación y aplicación que se hace de las palabras de los antiguos profetas ha sido obtenida mediante una nueva revelación. Esta viene a desvelar que aquellas palabras se cumplen en la historia y en la vida de la secta²⁴. Como para los apocalípticos, también en los *pesharim* aparece que el curso de la historia está ya trazado en las revelaciones escritas, y debe cumplirse inexorablemente: Ninguna profecía bíblica quedará incumplida²⁵.

2. *La Escritura: conjunto de libros inspirados por Dios*

En el transfondo que acabamos de exponer, es decir, en el judaísmo contemporáneo a la época de la formación del Nuevo Testamento, es donde deben situar las referencias que en el mismo N. T. encontramos a «la Escritura» o a «las Sagradas Escrituras». Con ambos conceptos se indica el conjunto de libros autoritativos existente en el judaísmo, aunque no estén en esos momentos claramente determinados los límites de tal colección²⁶. La novedad cristiana no está tanto en la terminología empleada para designar los libros, y ni siquiera en la amplitud del canon, sino en el nuevo significado que, a la luz de la nueva y definitiva revelación de Dios en Cristo, se reconoce al conjunto de los escritos ya existentes.

En efecto, el núcleo central de la fe apostólica es Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, por quien culmina la revelación de Dios. «En diversos momentos y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos días nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien instituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo también los siglos» (Heb 1, 1-2)²⁷. Jesucristo es la Palabra de Dios, el Hijo Unigénito que nos ha revelado al Padre²⁸. Esta revelación no se hace mediante ningún escrito, sino en

24. Cfr. sobre este tema A. DIEZ MACHO, *o. c.*, 92-93.

25. Cfr. *ibidem*.

26. Cfr. Judas 4, 14. Conviene observar que decir «libros autoritativos» no equivale a lo que la Iglesia entiende por «libros sagrados o canónicos», aunque, en cierto modo, ambas calificaciones se refieren a los mismos libros.

27. Cfr. también Gal 4, 4.

28. Cfr. Jn 1, 1. 14. 17-18.

la Persona y en la historia de Jesús, en sus obras²⁹, en sus palabras pronunciadas con autoridad³⁰, y, sobre todo, en su muerte y resurrección³¹. Sin embargo, es desde la fe en Jesucristo como revelación definitiva de Dios, desde donde la generación apostólica percibe la función de la «Escritura» y, consecuentemente, su carácter de inspirada por Dios como tal conjunto de libros.

a) La presentación que la tradición primitiva, recogida por S. Pablo en 1 Cor 15, 1-5, hace de la muerte y resurrección del Señor une a éstas el cumplimiento de las Escrituras: «Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras». Esta forma de hablar refleja ya que se está considerando el conjunto de libros —y no solamente pasajes concretos de los profetas— como testimonio de Jesucristo y su obra de redención. En el mismo sentido se expresa Lc 24, 25-27. 44-48, dónde la necesidad de que las Escrituras en su totalidad (Ley, Profetas y Salmos) se cumplan en la muerte y resurrección de Jesús, se ve en la misma enseñanza de Jesús anterior a la Pascua: «cuando todavía estaba con vosotros» (Lc 24, 44)³². En el kérygma recogido en el libro de los Hechos de los Apóstoles aparece igualmente, ya en un primer momento, la muerte de Cristo unida al «determinado designio y previo conocimiento de Dios», sin que se den citas concretas de la Ley o los profetas³³. Estas citas vendrán inmediatamente después, como fórmulas de cumplimiento, tomadas no sólo de los profetas³⁴ sino también de los Salmos³⁵.

Estos datos muestran en primer lugar que ahora se descubre una función nueva a toda la «Escritura»: mostrar el designio de Dios que se ha cumplido en la muerte y resurrección de Cristo. Mediación por tanto de la revelación divina no son ya únicamente los textos legales o los oráculos proféticos, sino los libros como tales con todo su contenido.

29. Cfr. Jn 5, 19-30; 10, 30; etc.

30. Cfr. Mc 1, 22 y par.; Mt 5, 21-22; Jn 7, 16.

31. Cfr. Rom 1, 1-4; 3, 23; Jn 8, 28; etc.

32. Cfr. Lc 18, 31 donde únicamente Lc, frente a los paralelos (Mt 18, 27; Mc 10, 32-34) introduce en el tercer anuncio de la Pasión la referencia a que se cumplirá todo lo que los profetas escribieron del Hijo del Hombre.

33. Cfr. Hch 2, 23; 3, 18; 4, 28; etc.

34. Cfr. por ej. Hch 8, 32.

35. Cfr. Hch 2, 25. 34.

b) Una observación similar puede hacerse a propósito del empleo que S. Pablo hace de la Escritura. Aunque no emplea fórmulas de cumplimiento referidas a la vida de Jesús, ve anunciado a Cristo en la letra y en la figuras del Antiguo Testamento, y su argumentación gira constantemente en torno a textos entresacados de cualquiera de los contextos escriturísticos, no solamente de las leyes y de los oráculos proféticos³⁶. Para S. Pablo la Ley y la Escritura vienen a identificarse como pertenecientes a una etapa superada por la gracia; son, sin embargo, el pedagogo que lleva a Cristo³⁷, y en conjunto la Escritura muestra su eficacia en orden a la vida cristiana. Es esta eficacia para conducir al hombre a Cristo y ayudarle a vivir en la justicia lo que S. Pablo expresa en primer lugar al decir que «toda Escritura es inspirada por Dios... » (2Tim 3, 16). Es eficaz como lo era la palabra escrita de la Ley o la palabra pronunciada o escrita por los profetas; de ahí que toda la Escritura sea inspirada por Dios.

c) Al mismo tiempo que los evangelistas ven que en Cristo se han cumplido las Escrituras, están indicando que la palabra contenida en estas se ha mostrado eficaz anunciando lo que iba a suceder. Este aspecto aparece resaltado especialmente en el Evangelio de S. Mateo, donde las fórmulas de cumplimiento juegan un importante papel a nivel redacional, y donde la expresión «está escrito» puede indicar como sujeto último a Dios. Es interesante advertir que con esas fórmulas no sólo se introducen palabras de los profetas, lo que ocurre en la mayoría de los casos, sino también palabras de los Salmos³⁸. Con su peculiar profundidad teológica el Evangelio de San Juan no sólo presenta la Escritura como la que da testimonio de Jesús³⁹, y tiene una efica-

36. Cfr. por ej. Gal 4, 21-31 sobre Agar y Sara tipos de las dos Alianzas, o Rom 5, 12 sobre Cristo nuevo Adán. En S. Pablo se encuentran más de treinta citas del Pentateuco, al menos veinticuatro de Isaías y unas veinte de Salmos. Cfr. D. MOODY SMITH, *The Pauline Literature in It is Written...* pp. 267-276.

37. Cfr. Gal 3, 19-22; Rom 7, 7-13.

38. Cfr. Mt 13, 14; 21, 16. Esto refleja ciertamente que a David se le considera «profeta» (Cfr. Damiá ROURE, *Jesús y la figura de David en Mc 2, 23-26. Trasfondo bíblico intertestamentario y rabínico*, Roma 1990); pero esta peculiaridad se amplía en cierto modo a toda la Escritura, como vemos en Lc y en Jn. Las formulas de cumplimiento aparecen ya empleadas en 2 Cron 2, 22; 36, 21, siempre introduciendo palabras de los profetas. En TgN a Ex 12, 42 se emplea una fórmula similar aplicada a la Escritura, Cfr. M. McNAMARA, o. c. p. 220.

39. Cfr. Jn 3, 39.

cia divina⁴⁰; sino que explica al mismo tiempo que esa cualidad de la Escritura sólo se comprende tras la resurrección de Cristo y con la luz del Espíritu Santo⁴¹. A partir de ahí y en ese ámbito habrá que intentar profundizar por tanto en la consideración que la Iglesia tiene de la Escritura.

d) Para la fe apostólica la verdadera y única Palabra de Dios es Jesucristo. De ahí que las palabras de Jesús tengan la máxima autoridad⁴². Pero también la palabra sobre Jesucristo que predicán los testigos⁴³, o los apóstoles⁴⁴, puede ser considerada Palabra de Dios, pues está formulada bajo la acción del Espíritu Santo o ha sido recibida de Cristo. Su eficacia divina se manifiesta en la predicación que produce la fe y la salvación⁴⁵. Cuando la palabra apostólica es puesta por escrito, normalmente con fines prácticos, como prolongación de la predicación, y, sobre todo, cuando en esos escritos se recogen las palabras del Señor, como ocurre en los evangelios, las obras resultantes se van poniendo al mismo nivel que la Escritura anterior, especialmente en el uso catequético y litúrgico⁴⁶. Surgen así los libros del Nuevo Testamento como colección reconocida. Su inspiración, o mejor, su carácter de «Palabra del Señor» se sitúa al mismo nivel que la catequesis apostólica, el kéryma, el evangelio, o las palabras de Jesús, es decir, al mismo nivel que la palabra oral que revelaba a Cristo. De ahí que dichos escritos se presenten desde el principio con el sello de su origen apostólico. La función de tales escritos en la Iglesia primitiva es, además de la utilidad práctica, presentar de forma fija e inalterable la enseñanza apostólica —y, en consecuencia, auténtica y original— sobre Jesucristo.

Cuando la Iglesia se vio en la necesidad de precisar los límites de la tradición auténtica —frente a reducciones como la de Marción o a amplificaciones ilegítimas como las de los gnósticos—, apeló a la apostolicidad de los escritos, no sólo en razón de los autores —lo que ha-

40. Cfr. Jn 10, 35.

41. Cfr. Jn 2, 22. En el mismo sentido Lc 24, 45.

42. Cfr. por ej. 1 Cor 7, 10.

43. Cfr. Jn 14, 26.

44. Cfr. Gal 1, 11; 1 Cor 11, 23; etc.

45. Cfr. Rom 10, 17; 1 Tes 1, 13; etc.

46. Ya los Padres Apostólicos se refieren a los escritos de los apóstoles atribuyéndoles una autoridad superior a la de otros libros, aunque no los citen expresamente como «Escritura».

cían asimismo los herejes—, sino también en razón de la doctrina, y de la eficacia mostrada por tales escritos en las diversas comunidades. Esos escritos y no otros eran los que en cierto modo se habían impuesto a la catolicidad de la Iglesia como Palabra del Señor o Palabra eficaz acerca del Señor. El Espíritu actúa a través y acompañando su lectura —como actuaba a través de la palabra apostólica—, porque está presente también en su origen: en su puesta por escrito. Así, al confeccionar el canon, la Iglesia reconoce el carácter de inspirados por Dios que tienen tales escritos desde su mismo origen. Y esa misma acción del Espíritu es reconocida en los libros del Antiguo Testamento porque también ellos, en cuanto tales, predicán a Cristo.